III

Discursos Medicinales del Licenciado Juan Méndez Nieto

(*Continuación.*)

DISCURSO 14

TRATA DE LO QUE ME SUCEDIÓ DESPUÉS DE HABER CURADO AL PRÍNCIPE RUI GÓMEZ DE SILVA Y DE LA CAUSA POR QUÉ SALÍ DE LA CORTE, Y DE UNA EXQUISITA CURA.

Estando ya sano y bueno de su cuartana el Príncipe Rui Gómez, y siendo pasadas dos ceciones o circuitos que no le venía, salió de casa un jueves de mañana, y habiendo oído misa y rendido a Dios las gracias por la merced de su mano recebida, fué luego a visitar al Rey y besalle las manos. Recibiólo el Rey con muestras de mucho contento y muy amigablemente, y habiendo estado con él buena pieza, se salió para ir a comer, que todavía comía a las nueve, como solía, por no dar ocasión a que la cuartana revolviese.

En siendo hora de salir por la tarde, salió, y luego fué a besar las manos al Príncipe don Carlos, cuyo mayordomo mayor era en aquella sazón. Estaban con él ya visitándole el Almirante y Condestable de Castilla, y entrando Ruy Gómez y haciendo una reverencia hasta el suelo, sin aguardar más palabra se levantó de la silla el Príncipe, y muy enojado y dando palmadas en la mesa dijo: —¿Qué os parece, Almirante? ¿No es bueno que halle Rui Gómez quien le quite sus cuarta-

nas, y el Príncipe de Castilla no halle remedio para las suyas? ¿Quién os curó las cuartanas?, dijo al Duque. —Un estudiante que hallé en el camino, respondió él. —Pues ese estudiante ¿no me curará a mí también? —Sí, señor; ¿por qué no? —Pues andad y traédmelo luego aquí. Salióse Rui Gómez sin aguardar más y mandó a un paje que me fuese a buscar. Habíase salido delante el capitán Diego Váez, teniente suyo de Maeso de Campo que había sido en Italia y grande mi amigo, que habiendo visto lo que pasó con el Príncipe y cómo estaba con la enfermedad tan mal acondicionado, que no se podían averiguar con él, me fué delante avisitar (*sic*) que me escondiese y que en ninguna manera pareciese ante el Príncipe, porque no me podía suceder bien de su cura. No me lo hubo bien dicho, cuando luego me salí de Toledo por el camino que vine, y bajada la cuesta me estuve en unos bodegones que allí están en el mismo camino, hasta que fué bien de noche, y salí y fuí secretamente a mi aposento, y quitándome las ropas dotorales, me vestí de camino, y ensillando mi caballo me fuí aquella noche a una aldea que estaba legua y media hacia el camino de Talavera, por el Tajo abajo; que no quise ir por el camino real por no ser hallado, y allí estuve lo más secreto que pude ocho días.

Ya que entendí que sería acabada la pesquisa que en mi busca andaba, me volví a Toledo, y entrando de noche lo más disfrazado que pude, me presenté ante el Duque, que me dijo: —¿Adónde se fué, hombre perdido, que le tenía una cura adonde pudiera ganar más que en cuanto ha curado en toda su vida? —¿Esta del Príncipe?, dije yo. —Ella es. —Pues cúrela otro, que no quiero que me eche de los corredores abajo, como hizo al paje el otro día. A esto respondió la Duquesa, que presente estaba: —En lo cierto está, por su vida, y ansí se lo aconsejo yo. —Pues si no lo cura, dijo el Duque, no le conviene estar en la corte ni muchas leguas alrededor; que a Arévalo han ido a buscarlo y no se podrá conseguir el efeto de lo que yo le tenía procurado. —¿Qué es lo que V. E. me tenía negociado? —Que le

diesen una plaza de médico del Rey, con espetativa de la primera que vacare de protomédico. —Beso a V. E. las manos por esa merced, pero yo soy mozo y más quiero ir a ver mundo que enterrarme aquí con cuarenta mil maravedís que tienen de salario los médicos de la casa, gastando, cómo me certificó uno dellos, más de cuatrocientos mil cada año. —Pues ¿qué quiere que haga? —Que me mande dar V. E. licencia para mí y para seis criados, que me quiero pasar en Indias. —No me pudiera pedir cosa que con más dificultad le pudiera dar, porque ayer en aquel día rifamos el Presidente Ovando y yo sobre cierto negocio, y fué de tal suerte la mohina que con él tuve, que ni él me las dará ni yo se las pidiré por todo el mundo; pero estese escondido en su aposento y no lo vea persona nacida, que yo iré mañana a ver comer al Rey y veré si por vía de cámara las puedo negociar. Fué al otro día como dijo a ver comer al Rey; y habiendo comido le suplicó le hiciese merced de las dichas licencias para un criado suyo, porque no se atrevía pedírselas al presidente de Consejo de Indias, por la razón que acabamos de decir. Concedióselas fácilmente y díjole que las escribiese como quisiese, y tomando papel y tinta escribió de su mano la licencia siguiente:

Yo el Rey doy licencia al Licenciado Méndez y a seis criados suyos, los que quisiere nombrar, para que pueda pasar y habitar en cualquiera parte de nuestras Indias que quisiere y más le pluguiere. Fecha en Toledo, etc.

Habida la licencia, luego aquella noche mandó a un su mayordomo de los menores que me despachase los libros y todo mi hato con el recuero de Sevilla para que me lo pusiese en Sevilla, y que él se fuese conmigo hasta ella y me hiciese la costa y llevase lo necesario de bestias y criados para el camino, y que, puesto allá, me diese cien escudos para matalotaje y me sinificase la mucha voluntad que tenía de me hacer merced habiendo ocasión y la necesidad de dinero en que al presente estaba, que tenía empeñado todo su estado; y con esto me

despedí de S. E. y de la señora Duquesa, que me había hecho merced de la cadena, y poniendo aquella noche mi hato en concierto, al otro día lo entregó el mayordomo al arriero, que al presente estaba en Toledo, y al otro día nos partimos el mayordomo y yo con tres criados, dos suyos y uno mío, y un machuelo cargado de lo necesario para el camino; y diciéndole yo que deseaba mucho hacer el viaje por Guadalupe, para encomendarme allí a Nuestra Señora y tomalla por patrona y abogada para este viaje y todos los demás que hiciese, me dijo que fuese mucho en buena hora, que él también se holgaba por ver aquella casa, que no la había visto.

Salidos que fuimos de Toledo por el camino de Talavera, a legua y media de Toledo, antes de llegar a un lugar que se dice el Ajo está una dehesa a mano izquierda, muy espesa, desviada del camino como medio tiro de ballesta, y allí, en la barranca que hace el camino, hallamos sentada una mozuela de hasta catorce o quince años, con un grande lío de ropa, que mostraba estar descansando, y llegados a ella, nos dijo: —¿Hacia dónde caminan vuesas mercedes? —A Talavera vamos para pasar a Guadalupe. —También yo voy allá. Si me quieren hacer limosna de llevarme ahí este lío, que me cansa mucho, o en aquella carga que va adelante (que habían pasado los mozos con el machuelo en cuanto nos detuvimos con ella) recibiré mucha merced, que yo a pie me atrevo a seguillos como vaya descargada. —Pues daldo acá, le dije yo. Y tomando el lío, lo puse sobre el arción delantero; y luego le preguntó mi compañero de adónde era. Dijo que de Medina del Campo, y que había venido con la Corte a Toledo y que no sabía aquel camino, que no la desmanparásemos. Y ya que volvíamos la rienda para proseguir nuestro camino, dijo ella: —Espérenme, por Dios, un poquito, cuanto bebo en una fontezuela que aquí está a la entrada deste montecillo, que en un credo vuelvo; y si vuesas mercedes quisieren beber, vengan conmigo, que tiene muy linda agua. —No tenemos sed; vaya luego y no tarde un momento. No hubo vuelto las espaldas cuando dije al mayordomo:

—Sígame Vmd., que esta es espía de ladrones. Y poniendo las piernas a mi caballo y él a un hermoso cuartago del Duque en que iba, desviámonos de una carrera más de un tiro de escopeta; y parando y vueltos a ver lo que pasaba, vimos que llegaban a la barranca, adonde nos dejó la espía, diez o doce ladrones, todos con arcabuces, y viéndonos estar parados comienzan a disparar, y no daban tan lejos de nosotros que no oíamos el zombido de las pelotas. Hecímonos adelante lo necesario, y volviendo a mirar el lazo de que nos escapamos, comienzan voceando a decirnos que, pues éramos caballeros, que largásemos la ropa de la pobre mujer. —Que no somos caballeros, dije yo, sino ladrones también como ellos. Y con esto los dejamos en blanco, llevándole toda su ropa blanca.

Llegamos al pueblo y hallamos nuestros mozos que estaban esperando. Mandamos a uno que tocase la campana como cuando llaman a concejo, y apeándonos en una taberna allí cerca de la iglesia, fuimos en estando junto al concejo, y contándoles el caso como estaban allí aquellos ladrones y mostrándole el lío que era de camisas y jubones de todos ellos, nos dijeron habían robado un caballero que iba a la corte, por medio de la mozuela, y no contentos con quitalle todo lo que llevaba le quitaron la mula en que iba, y viéndose a pie se volvió al pueblo para remediarse, y que esto había sucedido cuatro días había, y por entender serían mudados no los habían ido a buscar, pero que no pasaría de aquella noche que no los fuesen a coger. Apercibiéronse luego todos con sus armas bien mohosas y poco ejercitadas, y en siendo de noche, a la hora de la modorra, dieron sobre ellos, cercando el monte porque no se les fuesen, y como eran pocos, que serían hasta 50 labradores, no pudieron cercar tan bien el monte que no se les salieron todos. Solamente cogieron la mozuela, y desviándole yo la toca para velle bien la cara, que nos habíamos quedado allí aquel día para ver en qué paraba la guerra, halléla que no tenía orejas. Dile la ropa y rogué a los alcaldes que nos la diesen para llevalla a Guadalupe para

que sirviese allí, en penitencia, de luminaria. No quisieron y la enviaron presa a Izla, que es la villa de aquella aldea, y nosotros nos fuimos nuestro camino.

Llegamos a Talavera y allí descansamos otro día para ver aquella famosa villa. Luego partimos la vía de Guadalupe, y llegando a una venta que está al pie del puerto de Arrebatacapas, hallamos al ventero dando voces y quejándose de un dolor grave que tenía en un riñón que le hacía, como dicen, morder las piedras. Era al punto de mediodía cuando allí llegamos y, bien cansados, no vimos manera de darnos de comer el huésped; y sacando de lo que llevábamos, mandamos a los mozos que lo aderezasen, y en el entretanto entramos a ver el huésped, que lo había bien menester. Hice que le calentasen agua, y con un cuchillito de tajar que saqué de unas escribanías que llevaba, lo sangré del pie derecho, de la vena de adentro, y le dejé salir larga libra y media de sangre, conformándome con el aforismo de Hipócrates, que dice que en los grandes dolores, cual era éste, el mejor remedio de todos es sacar mucha sangre. Alivióse el hombre notablemente con la sangría y nosotros nos pusimos a comer de lo que traíamos, que otra cosa no había. Luego hice que le matase una gallina gorda a una moza que allí tenía y aderezase bien el caldo con dos hiemas de huevos, para darle dél, y le pregunté al enfermo si había tenido aquel dolor otra vez y si echaba piedra o arenas con él. Dijo que cada luna le daba, y que en echando una o dos pedrezuelas pequeñas se le aliviaba; mas que como el que tenía de presente, nunca le había dado, y que sentía que era piedra grande que tenía en el riñón derecho atravesada, porque había tres días que estaba en un grito, y las otras veces nunca estuvo dos enteros sin echar la piedra, y que por amor de Dios me rogaba no me fuese hasta dejarlo bueno, que él partiría conmigo de su pobreza.

Acabado que hubimos de comer, recostámonos en unas malas sillas que allí tenía, y habiendo así dormido como media hora, nos despertaron los gritos que comenzó a dar del gran dolor que le había vuelto, y viéndo-

me atajado con tanto dolor y sin remedio que poder hacerle, no tuve otro sino hacerlo levantar del suelo adonde se estaba revolcando, y mandando enfrenar mi caballo y haciéndole apretar el paño o venda de la sangría, le hice subiese en él y corriese y trotase hasta que le aplacase la fuerza de tanto dolor. Y saliéndosele el caballo por una ladera abajo, que era furioso, y el ventero sabía poco de freno, no faltó mucho para despeñarlo y hacerlo pedazos, si no fuera por beneficio de un arroyo que se le atravesó, adonde se paró el caballo; y volviendo a nosotros con más miedo que vergüenza, se apeó de golpe, y luego dijo: —La piedra se me ha caído en la vejiga. Y fué corriendo para orinar y no pudo, que se le atoró en la boca de la vejiga y le reprimió la orina de todo punto.

Reprimida que fué la urina sin poder echar gota, fueron los dolores y trasudores doblados y el riesgo seis doblado, porque o había de orinar o morir dentro en veinte horas; que tal es aquella enfermedad. Remedio humano allí no lo había, si no era un mal junco que cogí junto al arroyo, con el cual procuré volvelle la piedra hacia atrás para que orinase y no fué pusible, ansí por estar muy atorada, como por ser el junco flaco. Visto el poco remedio que tenía, dejélo gritando y que la moza y un muchacho que allí tenía le trujesen las piernas reciamente, y yo anduve mirando toda la casa, que era pajiza, para ver si hallaba algo con qué poder remediarlo; y entrando en una despensilla que tenía, no vide otra cosa más de un tocino colgado en el aire, por amor de los ratones, y una aceitera con aceite y una olla con hasta cuatro libras de manteca cuajada, una artesa en que amasaban y otras pocas y malas alhajas.

Acomodándome, pues, al tiempo, a la pobreza y a la necesidad, que es ingeniosísima maestra, escogí de las pajas del techo, que eran de centeno, la más gorda, y con el aceitera fuíme al enfermo y hice al muchacho que del aceite tomase una bocada, cuanto pudiese, y la tuviese en la boca; y metiendo la paja que tocaba en la piedra, hice que el muchacho soplase por ella el aceite,

metiendo la punta en la boca, y desta manera le cayó todo dentro sin se derramar gota, mejor que si con jeringa se lo echaran. Sintió con él notable refrigerio y dijo que le había pasado más allá de la piedra hasta dentro de la vejiga; que como el aceite salía ya caliente de la boca, sentía el calor dél adoquiera que llegaba. Dijo que le echasen más. Echáronle otra bocada, y no cabiendo en el caño, rebosó para fuera. Saqué la paja y hice que el muchacho quedase apretando la boca o agujerito del miembro por un cuarto de hora, porque no se saliese el aceite.

Volvíme entre tanto a la despensa y dije a la moza que hinchiese de agua una paila que allí estaba y la pusiese a calentar. Hecho esto, volví al enfermo y largando la mano el muchacho le dije que pujase, por si con ayuda del aceite saliese la piedra. Salió el aceite, pero la piedra y urina se quedaron, que no salió gota; y el dolor con el pujo se le avivó tanto, que era grande lástima ver lo que hacía de su cuerpo. Luego hice traer la artesa en que amasaban y echándole el agua, que estaba muy caliente, hice que le echasen tanta fría, que quedó para poder estar dentro en ella; y derritiendo la manteca que tenía la olla, se la eché toda, y luego meto mi hombre dentro en cueros, y sentado le llegaba el agua a la cintura. Estuvo ansí un cuarto de hora escaso, y viendo que se le enfriaba el agua hícele echar más agua caliente, y al tiempo que el calor de la agua que echaban le llegó a la bragada y región de la vejiga, comenzó a orinar y dijo a voces: —Ya orino, bendita sea Nuestra Señora. —Pues puja agora y vaya de golpe la orina, le dije yo. Hízolo ansí con ímpetu, y salió la piedra con tanta fuerza como si la arrojaran con una zarabatana. Era la piedra del tamaño y hechura de un hueso de dátil, y el tiempo en que la echó, al poner del sol, habiendo tres días y medio que estaba de parto en un grito. Dimos todos muchas gracias a Dios y a su bendita madre de Guadalupe, por cuya intercesión entendimos lo había librado, y él prometió de ir allá a tener novenas y ofrecelle de su pobreza.

Luego que acabó de anochecer vinieron a la venta cuatro o cinco soldados con arcabuces y ballestas, y preguntándole yo qué gente era aquélla, nos dijo que eran unos cazadores, que andaban por allí a sus venturas y se llegaban allí de noche, que no tuviésemos miedo; y en esto lo entraron a ver, que lo habían dejado con el dolor, y hallándolo sin él y contándoles el caso y cura que se le hizo y mostrándoles la piedra, quedaron maravillados y agradecidos, y luego hicieron asar dos conejos que traían y unas aves que dicen cortezas, y el huésped mandó que del jamón del tocino hiciesen otra torreznada. Cenamos todos en chacota y el enfermo se comió la gallina, y dando fondo a una tinajuela que tenían de buen vino, quedaron todos hechos pedricadores, y contando sus hazañas cada cual dellos fuéles necesario descubrir sin sentillo, porque "in vino veritas", el oficio que tenían, que era saltear y robar a cuantos pasaban, y en cuanto llegaba la presa tirar a conejos, que había por allí muchos; y nosotros por la buena obra del ventero nos ahorramos de pagalle el tributo acostumbrado, que era la mitad del dinero que llevaban, y más ganamos otros dos conejos y el remanente del jamón que nos dieron para el camino.

DISCURSO 15

Prosíguese el camino hasta llegar a Sevilla y trata de unas conclusiones muy provechosas que en ella sustenté.

Concluída aquel día la cura del ventero, como en el Discurso antes de éste queda relatado, luego al otro día de mañana subimos el puerto de Arrebatacapas a pie, que se sube con menos riesgo que a caballo, y ya que queríamos llegar a lo alto se puso mi compañero un capote o capa larga de camino que llevaba, porque iba sudado y temió no le hiciese mal un viento fresco que se iba arreciando, y muy revuelto en su capa llegamos a la punta del puerto, y estando allí parados para ver pa-

sar los caballos aquellas lajas tan derechas y resbaladizas que tiene por donde bajan, que no se pueden bajar de bestia ni persona si no es sentada, viene una borrasca, que son allí ordinarias, y haciendo vela y presa en la capa lo tumbó hecho un ovillo y despeñó por allí abajo con tanta furia, que no pudo ser socorrido ni remediado hasta que dió en la carga del machuelo, que la iban los mozos bajando con sogas. En esto llegué yo, que también bajaba sentado resbalando, y hice a los mozos que atasen las sogas a un guinchón de una peña y ellos y yo echamos mano de nuestro mayordomo y lo mejor que podimos lo bajamos hasta el pie y fondo del puerto, y luego allí haciendo vendas de un paño de manos que llevaba ceñido, lo sangré con el cuchillito de tajar con que había sangrado el ventero, y sacándole buen golpe de sangre, que hinchió un jarro de plata que llevábamos y otro medio después, porque lo derramaron en estando lleno para ver lo que se sacaba, le dí agua en abundancia con carne de membrillo, y descansando una hora al pie de una fuente que allí hay, subimos en nuestros caballos y pasamos adelante.

Andando, pues, por nuestras jornadas, que no son menester muchas, llegamos a Guadalupe donde hicimos oración y nos confesamos y comulgamos, y vista bien aquella iglesia y casa, que tienen bien que ver, en dos días que allí estuvimos, nos partimos luego y fuimos andando nuestro camino a dar en el río Guadiana, por el mes de octubre, y hallámoslo seco, que no corría más había de tres meses; pero tenía unos bancos de agua al uno y otro lado, que deben ser manantiales que jamás se secan, y son tan grandes que puede nadar un navío en ellos, y tienen mucho y muy ruin pescado. Tiene este río todo el plan o suelo de unas aguijas redondas y grandes, sin haber un puño de tierra entre ellas, y por allí por donde se pasa tiene de ancho dos buenos tiros de escopeta y un caminito angosto que se puede andar, que lo demás todo es aguijas. Yendo, pues, pasando nuestro río por el caminito en seco, miré a medio camino para el banco de agua que hacia arriba estaba, y parecióme

que se meneaba y venía hacia nosotros. Díjele al compañero que lo mirase, y dijo que eran las olas que hacía con el viento. Dejélo ir por el camino y vóime hacia el banco río arriba, por ver si se meneaba o si me engañaba la vista. Subiendo, pues, con dificultad lo que bastaba para destinguir la verdad, veo el río que venía sobre mí con una grande sierra de agua, que parecía una mar. Vuelvo aguijando lo más que pude al camino, y por mucha priesa que me dí me alcanzó el río a medio camino y me embistió y cubrió todo, con más de una lanza más de alto. Salió el caballo conmigo arriba y empinándose para nadar hízome perder los estribos, y viéndome perdido, aunque sabía nadar, por ser mucha la distancia y yo que iba vestido, acordé de dejarme deslizar por las ancas y echarle mano de la cola, y con esto y con llamar a voces la de Guadalupe salimos del peligro. Sean ella y su precioso hijo benditos por tanta merced.

Salido que fuí del río y peligro en que me vide, hice alto en un pequeño poblezuelo que está allí medio cuarto de legua del río, adonde me vestí y reformé y nos dieron de comer del pescado de aquel río, que es tan malo y desabrido que no lo creerá sino el que lo experimentare. Luego otro día caminamos adelante hasta que fuimos a dar en Cadahalso, adonde hallamos seis acémilas del Rey que estaban haciendo leña en un montecillo que allí está junto a las casas, que no tiene otra cosa sino enebros, porque aquella y no otra leña nos dijeron que se gastaba en las cocinas del Rey, y ansí lo dijo también el mayordomo que iba conmigo.

Comimos en Cadahalso, y habiendo visto los hornos del vidrio y lo más que en aquella villa hay que ver, que es bien poco, pasamos adelante camino de Sierra Morena, y llegados que fuimos a ella en dos o más jornadas, que no me acuerdo bien, la pasamos por Guadalcanal al tiempo que aquella mina arrojaba cada semana seis acémilas cargadas de plata, que fueron con nosotros hasta Sevilla, adonde se llevaba para hacer moneda.

Llegados a Sevilla, y habiendo estado dos días en un

mesón, el mayordomo me dió los cien escudos como le fué mandado, haciendo el cumplimiento atrás referido, y con esto nos despedimos y él se volvió a Toledo y yo me quedé en el mesón.

Ya a este tiempo había llegado el recuero con mis libros y ropa, y halléla toda, que la habían llevado los guardas en el Hospital del Cardenal, porque residía en él el Dotor Millán, que era Comisario y Visitador General por el Santo Oficio. Procuré tomar casa antes de sacar la ropa y toméla muy grande y buena al potro que era de Pedro de Morga, y habiendo descansado una semana y visto la cibdad y en ella muchos amigos y condicípulos de Salamanca, entre los cuales eran el Dotor Juan Díaz Alfaro y otros de mi tiempo, aconsejáronme que para ser brevemente conocido y tener enfermos que curar, era el mejor remedio sustentar unas conclusiones, adonde acudiría mucha gente y quedaría conocido de todos.

Parecióme buen consejo, y luego puse por obra unas conclusiones no menos provechosas que fanfarronas, porque mandé imprimir ciento y más pliegos de marca y letra grande; y después de haber dado a cada dotor el suyo, pegaron los demás por los monesterios y cantillos, porque tenían conclusiones también de filosofía natural y moral, y las de medecina eran todas contra los abusos y mal método de curar que en aquel tiempo los más antiguos y acreditados médicos allí tenían, y ansí reprobaban y contradecían las sangrías que se hacían en la hora de la huelga e intermisión en las fiebres, probando con muchas razones y autoridades que no se tienen de hacer sino en la declinación; que las purgas minoratorias eran contra toda autoridad, razón y buena medecina, y, por tanto, no se debía usar dellas; que no se había de dar caldo con sal ni sin ella hasta haber purgado el enfermo todo lo que había de purgar; que se podía dormir sobre cualquiera purga eletiva hasta que el enfermo comenzase a obrar; que se podían dar las purgas de mañana y de tarde y a cualquiera hora, según que la necesidad y comodo lo demandasen; que en nin-

gún día de purga, ahora fuese con calentura, ahora sin ella, se había de dar vino al enfermo; que no se habían de atormentar los febricitantes con sed, sino dalles agua cruda a sus tiempos cuanta quisiesen; que no se había de dar purga eletiva si no es después del humor cocido, y esto en todas enfermedades generalmente, eceto en las turgentes, y que en las muy agudas y ardientes fiebres no se debía dar hasta en tanto que fuesen acabadas o estuviese ya la enfermedad en la universal declinación; item que en las cuartanas se había de purgar, o por arriba o por abajo, en el día del paroxismo, y en la conjunción de la luna si ambos a un tiempo concurriesen; y que las sangrías que se hacen de los tobillos para hacer bajar el mes tan solamente a las mujeres, se tienen de hacer en la misma conjunción de la luna; y que no se debe de echar perpetuamente el clíster antes de la sangría, sino después; y que no se deben curar las bubas con unciones ni parches de azogue, porque son más perjudiciales y dañosas a la humana salud que las mismas bubas, por malas que sean; y que no se debe dormir al principio sobre el lado derecho, sino sobre el izquierdo; y que el coito para ser provechoso debe ser matrimonial, moderado y al cuarto del alba; y que usar de pocos remedios en las enfermedades es de médicos muy doctos, con tanto que basten, y hacer lo contrario es de hombres que buscan más su provecho que el del enfermo; que la buena dieta sola cura más enfermedades y es más poderosa que todos los medicamentos juntos; que la astrología es muy provechosa y necesaria para saber bien curar; que el que no fuere músico no puede tener entera noticia de la diferencia de los pulsos; y que los estomaticones y emplastos calientes que se hacen para confortar el estómago, lo debilitan más de lo que estaba sin ellos; que curar con miedo y con medicinas blandas y beneditas en las fiebres pestilenciales es doblalles la pestilencia; que no se tiene de beber el agua demasiadamente fría, sino como la que nace en las fuentes en tiempo de verano, y todo lo demás es engañar a los señores y lisonjearlos, a trueco de su salud y privanza; item, que el

agua enfriada con salitre no es tan perjudicial como la que se enfría con nieve, porque la del salitre no es verdadera frialdad, sino aparencia y representación della, como hay otras muchas cosas que representan lo que realmente no son, que naide, como Aristóteles dice, puede dar lo que no tiene; que la junta y descordia de los médicos es pestilencia para el enfermo, y ansí el que quisiere ser bien curado no se debe curar con más de un médico, y ése muy bueno, que a no ser tal, mejor es ninguno, que Dios y naturaleza obrarán mejor que no él; que los pobres, por esta razón y no otra, son mejor y más sin riesgo curados que los ricos y poderosos.

Estas y otras muchas conclusiones y verdades sacadas en limpio ahechadas y inusitadas contenían las conclusiones, que más parecieron reformación de toda la medecina y medecina nueva, como dijo el Dotor Morillo, que conclusiones. Dieron tanta estampida y tanto en qué entender a todos los hombres de letras de todas profesiones, que no se hablaba en otra cosa, mayormente porque el Regente las hizo volver e imprimir en romance para que todos se aprovechasen dellas.

Venido, pues, el día que se habían de defender y sustentar en la capilla y patio de la Granada las conclusiones, venimos a la una del día yo y el padrino, que era el Dotor Figueroa, que había hecho entapizar y poner muchos asientos en todo aquel sitio, y estaba ya todo lleno de gente plebea y de mujeres rebozadas, que no había por dónde entrar; estuvimos una hora y más esperando que viniesen los dotores, el Regente con los Oidores, la Inquisición, el Cabildo de la Iglesia y muchos maestros y flaires de todos los conventos, que parecía un día de juicio; vino algo tarde el Dotor Morillo, que era el mayor sofista y el que me había de hacer la guerra, y haciéndole lugar los demás dotores para que se sentase, cayóse una silla o banco, y entró diciendo: —Ya se me caen los bolos. Paréceme que no solamente tenemos médico nuevo, sino nueva medecina también y hasta hoy nunca vista ni usada. Abroquélese bien Vmd., me dijo, que a mucho se ha atrevido.

—Passi sumus graviora, dabit Deus his quoque finem, respondí yo.

En esto me levanté en pie y captando la benevolencia a tantos personajes como allí había y sometiendo todo lo que allí dijese a la obediencia y correción de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, comencé con una breve oración, pero muy elegante y compendiosa al parecer de los que más entendían. Escogí luego tres conclusiones de todas aquéllas, las más extrañas, inusitadas y que más duda les hacían a todos, y comprobándolas valerosamente con razones eficaces y con algunas autoridades, aunque pocas, porque eran opiniones exqui[si]tas, raras y nuevas que no habían venido a noticia de muchos, y ansí tenían pocos autores, pero contenían mucha verdad y mucho provecho, acompañado con muchas y fieles espiriencias.

Acabadas de comprobar las tres conclusiones, les dije que no me quería exemir ni escusar de probar todas las demás, pero que por ser el tiempo breve y dar lugar a los argumentos yo acudiría a casa del Sr. Dotor Franco, adonde todos los dotores de medicina o la mayor parte dellos tenían cada día prática y ejercicio escolástico, y que allí los satisfaría acerca de las demás conclusiones, que por ser muchas no se podían en poco tiempo verificar todas, y que en el entretanto argumentase el que quisiese contra la que más duda le hiciese, que yo estaba presto para responder y defendellas todas categóricamente.

Parecióles bien la razón y luego se comenzaron a convidar unos a otros para argumentar primero, y llegando al Dotor Morillo, dijo que hiciesen ellos, que él se quería guardar para la postre para discantar sobre todos. Comenzaron todos por sus antigüedades y dando y tomando argumentos les iba distinguiendo y declarando lugares de Hipócrates y Galeno dándoles nuevas y exquisitas interpretaciones, ecceciones, ampliaciones y restriciones y coarticiones, de suerte que más parecía estarles leyendo que respondiendo a sus argumentos, mayormente que los advertía de camino de muchas y

delicadas advertencias y cosas exquisitas y provechosas que no habían venido a su noticia, entre las cuales fué una que a los tres principios que Galeno hace para declarar a Hipócrates en el aforismo 19 del 2.º libro se había de añadir otro cuarto largo modo que comprehendiese parte del aumento o todo él, y se lo probé y collegí necesariamente del mismo texto de Hipócrates, por cuanto sin este principio o sinificación dél era impusible conciliar aquel aforismo con el 22 del primer libro.

Argumentándome después el Morillo sobre la conclusión que prohibe hacerse la sangría en el día de la huelga en las fiebres intermitentes, dijo que era aquello contra la opinión de los médicos y buena medicina; a lo que yo le respondí que como tuviese razón bastante y esperiencia que la comprobase, no se me daba un cuarto que fuese contra la común y contra todos los autores, cuanto más que Galeno aprobaba aquella opinión en las últimas palabras del libro "De curandi ratione per sanguinis missionem". —Eso aún está por ver, me dijo, si lo dice o no Galeno en ese lugar. Pero veamos agora la razón que dice que tiene tan bastante que baste a derogar la autoridad de tantos hombres todos que mandan y hacen lo contrario. —La razón, respondí yo, porque la sangría se debe hacer en la declinación de la fiebre antes de dar de beber al enfermo, es porque andando la sangre y el humor que con ella está revuelto, sale la inflamada y que hace el daño, lo que no hace estando quieta, y por esta misma razón se manda, y muy bien, purgar en el día de la cuartana, y no en los de la huelga, y sangrar en la conjunción.

Item, que sangrando y dando de beber dende a poco rato son dos remedios refrigeratorios que hacen acabar la ceción con sudor y la mitad más presto de lo que había de acabar, cosas ambas muy necesarias para conseguir el fin y salud deseada.

Lo tercero, y que sólo ello bastaba, porque al tiempo que comienza la huelga y quietud de la ceción, se tiene y debe luego dar de comer, que es la hora más conviniente para ello, por cuanto si se tarda la comida

corre mucho riesgo no le coja con ella en el estómago la ceción que se espera, que no le puede venir mayor daño ni inconveniente al enfermo.

Acaece demás desto venir a los que se sangran el día de la huelga el frío y paroxismo estándose sangrando o poco después y darle una revolución o desmayo al enfermo y dejallo a buenas noches, como yo por espiriencia tengo visto en más de cuatro, de lo cual está muy libre y seguro el que en la declinación se sangra.

A esto respondió el gárrulo dotor, que era amigo de chufletas y echar pullas: —Nondum treginta annos habes et Abraham vidisti. —Bona verba quaeso, respondí yo, sr. dotor, que todos somos médicos, et, per consequens, Abrahaniste. Cayóles mucho en gracia a todos los que allí estaban y fué tanta la risa y chacota, que por poco diera fin a las conclusiones, si no fuera por un dotor granadino, que también era nuevo en aquella ciudad y estaba muy deseoso de ser conocido y ganar honra comigo, ya que los demás no habían podido. Este, pues, se levantó, y haciendo una grande entrada y apariencia, dijo antes de proponer sus argumentos que tenía necesidad de echar primero ciertos fundamentos para dellos concluír lo que pretendía, por tanto que ante todas cosas le respondiese a lo que me fuese preguntado. Concedíle su petición y luego comenzó a preguntar: —¿Quid est motus? Y habiéndole respondido con la difinición que Aristóteles le da, pasó luego adelante preguntando: —¿Quid est tempus? Y después: —¿Quid est instans? A lo que respondí: —Quorsum istec quoniam praeter institutum mihi videntur. Y volvió con mucha alteración y grandes voces: —Diga Vmd. que no lo sabe y no diga que es fuera de propósito. Allí habló mi padrino, que no había tenido necesidad de hablar hasta entonces, y dijo: —Dígale Vmd. que est principium temporis, como punctum lineae, y no quedó por eso satisfecho desto. Volvió luego a preguntar: —¿Quid est morbus, quid est causa morbi, quid est sympthoma, quid apoplexia, quid epilepsia?, y más adelante un ciento de interrogaciones, y viendo su disparate y que ya

tenía a todos enfadados con sus preguntas, respondíle a una dellas, y en preguntando ¿quid est angina?, dije yo: —¿Quid est guadameci?, que era lo que más a mano tenía. Fué tanta la risa de toda la gente y el bullicio, que no nos dejaron más entrar en juego ni hablar palabra, y ansí tuvieron fin las conclusiones, habiendo largas tres horas que duraban.

Quedé tan conocido de las conclusiones y en tan buena reputación, que no pasaron muchos días que luego no acudieron todos los enfermos que no habían podido sanar de sus enfermedades con los beneficios comunes y ordinarios con que aquellos señores curaban, y ansí curé muchos bubosos y gotosos con el bocado de Alderete, y lo manifesté y divulgué para que todos se aprovechasen dél, y algunos cuartanarios con la cura también de Alderete de que atrás habemos tratado largamente; y, en suma, no quedó casa de señor ni caballero adonde no me llamasen en año y medio que allí estuve, y esto con mucha honra, porque me llamaban sobre los médicos más antiguos y autorizados que allí había, que los tenían salariados, y no con poco disgusto y mormuración suya, como se verá en este cuento que se sigue.

Llegó a Sevilla estando yo allí un hermano del Conde de Portalegre, que iba a beber el agua de la fuente La Piedra, y posando en casa de la Duquesa de Béjar, como deudo suyo que era, le hacían mucho regalo y buen hospedaje. Enfermó estando allí de una grave calentura. Acudieron luego a ella el Dotor Monardes y Cabra, que eran los que curaban a la duquesa. Pasados tres o cuatro días, como no mejorase el enfermo, llamaron con ellos al Dotor Franco, que era el gallo de todos ellos, que los dos lo habían nombrado para que curase con ellos, y luego sin decilles cosa, al otro día me llamaron a mí para que juntamente con ellos lo curase. Entré a tiempo yo que estaban los tres sentados en consulta en el corredor, y al tiempo que me vieron subir por la escalera dijo el Dotor Cabra: —¿Es pusible que este rapaz venido de ayer nos ha de mear a todos la pajuela? No lo dijo tan paso que no lo oyese yo, y

acabado que fuí de subir me dijeron: —Entre Vmd. y tome el pulso al enfermo y vea la orina y salga presto, porque tenemos mucho que vesitar. —Pues ante todas cosas, dije yo, me han de escuchar un cuento que les quiero decir, que tiempo habrá para todo.

—Sabrán Vmds. que para me hacer Bachiller en Artes por examen en Salamanca, que fué el primero que allí se hizo, tuve un pleito con Fray Domingo de Soto, muy reñido, sobre si me habían de admitir o no, por cuanto no había cursado en las Súmulas; e informado el Dotor León, catredático de Cánones, que nos nombró el claustro para que conociese de la causa, le dijo entre otras razones que si a mí me admitían, cualquiera estudiante que fuese de buena habilidad querría hacer lo mismo y quedarían las Súmulas y todo el curso de Artes pervertido y echado a perder. A lo que respondió el juez: —Señor maestro, malo ego discipulum sapientem quando doctorem ignorantem. —¿Por qué lo dice Vmd.?, dijeron ellos. —Porque lo supiesen Vmds., respondí yo. Y pasé a ver el enfermo y hallélo con mucha calentura y una grande opilación en las venas meseraicas, y todo el hígado y la urina muy cruda, y era ya después del seteno. Preguntéles si le habían visto la barriga: dijeron que no tenían necesidad dello, que la fiebre era la que le hacía la guerra, que no la opilación; y vistas las malas señales del enfermo y la mala orden con que lo curaban, le dije a D. Pedro de Zúñiga, hijo de la duquesa: —Mande Vmd. que den los Sacramentos a este caballero, porque burra de muchos, lobos la comen. Y con esto me salí y no volví más allá y el fidalgo portugués murió al catorceno.

Muchos otros enfermos curé en aquella cibdad en el poco tiempo que en ella estuve, que fué año y medio, como atrás tengo dicho, ansí de calenturas como de otras enfermedades, que por ser ansí ellas como la cura que se les hizo comunes y ordinarias y no haber en ellas cosa maravillosa, no son a nuestro propósito, echando tan solamente mano de las que tuvieron sucesos admirables y fuera de lo ordinario, como es esta que se sigue.

DISCURSO 16

TRATA DE LA VERDADERA Y CIERTA CURA DE LA EPILEPSIA QUE HICE A UN HIJO DE DON PEDRO DE SANTILLÁN.

Entre los muchos enfermos que en Sevilla curé, fué un hijo mayorazgo de don Pedro de Santillán, que moraba en la calle de San Vicente, de edad de hasta siete o ocho años, de grande cabeza y mal formada y de flemático temperamento todo el cuerpo, y muy blanco y zarco.

Padecía este muchacho una epilepsia tan ordinaria y fuerte, que le daba tres y cuatro veces al día, y cuando estaba dos días sin ella lo tenían a gran ventura. Curáronlo muchas veces los mejores médicos de aquella ciudad, y lo que con mucho trabajo pudieron hacer fué sustentallo ocho o diez días sin el paroxismo, mas en queriendo venir la conjunción o plenilunio, no había podelle resistir; y ansí cansados de lo curar y el padre de pagar visitas, le dilataron la cura para cuando mudase la edad, que es a los catorce años, en el cual tiempo los que padecen esta enfermedad suelen sanar fácilmente, siendo bien curados, y algunas veces por sí solos, sin cura ni beneficio alguno.

Mas como el padre no tuviese otro y fuese avisado de que si en aquel tiempo no sanase quedaría impusibilitado, conforme al aforismo de Hipócrates, de poder sanar, no se le cocían las madejas y determinó buscalle remedio por todas vías, y también porque era gran lástima ver lo que padecía; y como las conclusiones que allí tuve habían dado grande estampida y noticia de mí, y también porque todo lo nuevo aplace, hízome llamar, y tanto me encargaron su salud y cura él y todos los caballeros que en aquella calle moran, que son muchos y muy principales, que me hicieron revolver muchos autores fuera de los ordinarios, y como al fin el que busca halla, vine a dar con un exquisito y fácil remedio que promete salud cierta en esta enfermedad, y

usando dél diestramente y en buen tiempo y ocasión y ayudándolo con otros que no hacen poco al caso, fué Dios servido que sanó el enfermo del todo, porque no le habiendo vuelto el mal y paroxismo en un año y más que yo allí estuve, se entiende que no le volvería, como no le volvió, según fuí informado de deudos suyos que a esta tierra vinieron.

Fué la dichosa cura que a este muchacho se hizo y después a una monja de San Clemente, que se decía Gerónima, de setenta años, la siguiente:

Ordenósele primeramente la dieta tenuante o que adelgaza, de que atrás tratamos largamente, aunque no tan larga como allí está escrita, porque no se le daba a comer sino pan de toda harina o bizcocho y de una ave o pollo asado, una vez al día; por postre un puño de pasas, y a cenar, pan y pasas solamente; porque aunque la atenuante dieta conceda muchas otras cosas, como allí se deja ver, a éste le bastaba esto y era lo mejor; y si algún enfermo desta enfermedad tuviere necesidad de más larga dieta, puédesele dar de todo lo que allí está escrito, en moderada cantidad y no hasta hartar, eceto de las aves la codorniz, que como sujeta a padecer esta enfermedad, la prohiben los autores, y de las hortalizas el perejil, que también dicen que por oculta propriedad que para ello tiene, les daña muy notablemente, y en tanta manera, dice Laguna, que de tan solamente verlo les viene el paroxismo.

Prosiguiendo, pues, con esta dieta y bebiendo agua de anís, tomó por espacio de siete días dos onzas cada día de miel rosada colada con tres de agua de hinojo y media drama de polvos de raíz de peonía macho y muy buena, y al otavo día, sin haberse sangrado por no tener necesidad dello, tomó la purga siguiente: tres onzas de miel rosada colada de Alexandría, de polvos de hiera simple de Galeno dos dramas, desatado todo en agua de hinojo. Se le dió media hora antes que amaneciese, guardando con ella el modo y tiempo que con las demás purgas se acostumbra y suele guardar.

Purgó del estómago y vientre cantidad de flemas,

que para este efeto solamente se le dió, y luego a tercero día comenzó a beber el cocimiento o pócima que se sigue, de la forma y manera que se beben las demás que atrás quedan escritas en los discursos antes deste, y es la receta de la pócima la que se sigue:

Tomen de las cinco raíces diuréticas, eceto la de apio o perejil, de cada cual un manojo o cuatro onzas quitado el corazón y parte leñosa; de raíces de peonía y de almirones o chichorea, de cada cual dos onzas; de raíces de alcaparras, tres onzas; de pasas sin granillos, media libra; veinte ciruelas pasas; de anís y simiente de hinojo, de cada cual media onza; cueza todo en quince cuartillos de agua, según y como atrás queda dicho, y a lo que resultare siendo colado le echará de jarabe de uva y de azúcar morena, de cada cual seis onzas; de semiente de peonía polvorizada, media onza; con lo cual volverá a cocer cuanto espume y no más y se guardará y usará della como dicho es.

Acabada que fué de beber esta pócima, se volvió a purgar con una drama de píldoras fétidas y cinco granos de diagridio, guardando en el tomallos el orden acostumbrado, y con ellas purgó de la cabeza y todo el cuerpo valerosamente, porque se dieron estando ya el cuerpo bien preparado y la urina cocida.

Estuvo tres días después de purgado sin tomar cosa alguna más de onza y media de azúcar rosado, cada mañana, con medio cubilete de agua de borrajas, que serían como cuatro onzas, y al cabo de los tres días, no habiéndole vuelto el acidente desde la primera purga, comenzó a tomar a terceros días una píldora destas que se siguen, que son el toque y secreto de toda esta cura, y con ellas y con los demás remedios que luego diremos, fué Dios servido que tuviese fin este mal hercúleo, que ansí lo llaman los que dél escriben, por razón de ser tan fuerte y recio que basta a vencer y rendir a Hércules y aun a otro más valiente, si lo hubiera.

Compónense estas secretas y maravillosas píldoras de una drama de muy escogido castoreo y otra de asafétida y de dos dramas de polvo de raíces de peonía, que

sean machos, y cuatro dramas de aromático rosado, todo ello conficionado con jarabe de yerbabuena, y formadas catorce píldoras de toda la masa, que sean doradas.

Aunque es este remedio que él solo, siendo como dicho es y en este enfermo habemos visto aplicado, basta para desterrar esta enfermedad y aun librar de apoplejía, como no sea fuerte, que ésta mata presto y no deja entrar en juego al médico, todavía me pareció justo añadirle estos dos que se siguen, porque de bellacos, ansí hombres como enfermedades, lo mejor es fiar poco y vivir con el adelantado y ganalles por mano, si fuere pusible.

Es este otro remedio *ut caput purgium,* fabricado en esta manera: Tomen de miel buena de abejas una cucharada; de agua de anís, dos cucharadas o tres; y echándole un poco del polvo de la raíz de peonía, usará dello tres veces al día, como atrás señalamos, y deste remedio tiene de usar el que una vez fuere tocado desta enfermedad, mucho tiempo, aunque esté sano y bueno, porque demás de ayudar grandemente a la cura, preserva al enfermo para que no le vuelva el mal; y la buena cura, como Galeno dice, debe tener cuatro condiciones y buenas partes para que se pueda decir tal: que sea breve, que sea sin dolor ni molestia todo lo pusible, que consiga sanidad, y que la enfermedad no vuelva; que es lo que este remedio hace admirablemente; pero si pareciere mucho trabajo usar dél tres veces al día, licencia se le da para que pasados los primeros dos meses baste una, y pasado un año pueda usallo a tercero día, como no haya señales de querer volver el acidente.

De otro remedio usó este enfermo luego que acabó de tomar la postrera purga, y fué que se le puso un emplasto sinapismo de Mesue, de media cabeza hacia atrás, estando toda ella bien rapada, y lo tenía desde las seis de la mañana hasta las diez del día, el cual ayudó también su parte, porque fortificándole y desecándole el celebro, en nueve días que usó dél tan solamente, le hizo provecho, y con esto y con una raíz de peonía macho

que traía colgada al cuello de ordinario, tuvo fin aquella famosa cura.

Con esta misma cura y secreto curé en aquel tiempo una monja en San Clemente, insigne monesterio de aquella cibdad, que se decía Gerónima de Santa Ana, pero ésta por ser de 20 años y mostrar mucha repleción, fué menester al cabo de siete jarabes primeros que tomó, sacarle libra y media de sangre en ambos brazos juntamente y de la vena de todo el cuerpo, con lo que sintió notable mejoría; en todo lo demás no hubo mudanza alguna, más de que en la purga que se hizo con las píldoras fétidas se le añidió un escrúpulo, porque al mochacho le dimos una drama dellas, y a esta señora cuatro escrúpulos, con los mismos cinco granos de diagridio, y con esto y con lo demás que habemos dicho quedó tan perfetamente sana, que causó mucha admiración y crédito la cura, no solamente a la gente vulgar, mas también a los mejores médicos, que desearon después mucho haberla a las manos, como luego veremos.

Pasado que fué un año y meses después que estos enfermos fueron curados, y que estaba yo ya fuera de Sevilla, sucedió que curaron el Licenciado Olivares y el Dotor Calderón una noble señora de Cazalla, casada con don Hernando Cabeza de Vaca, hombre principal y muy rico en aquel pueblo, el cual a la fama destos enfermos que había curado, venían en mi demanda él y su mujer que padecía graves acidentes desta enfermedad: y como no me hallasen en Sevilla, se curó con los médicos que dicho tengo, que en aquel tiempo eran de los más afamados, y haciendo sus diligencias y cura ordinaria, estuvo la mujer algunos días que no le dió el paroxismo, y llegada que fué la llena de la luna le dió tan recio, según que me hicieron relación, que entendieron que la volara. Como los médicos que ya habían acabado de la curar vieron aquello y el marido les diese en rostro con don Pedro de Santillán y con la monja, que pasaba ya de año y tres meses que se habían curado y no les había vuelto el mal, procuraron con mucha deligencia, por vía de los boticarios de adonde se habían

tomado las medicinas, saber qué cosas eran aquellas con que se habían curado; y aunque dieron con los jarabes, purgas y pócima, no hallaron las 14 píldoras secretas, a quien obedece la enfermedad: y con esto no hicieron caso de la cura que yo había hecho, diciendo que aquello y mucho más habían ellos intentado, y que no sanaron los otros enfermos por mejor cura, sino por no ser el mal tan grave ni tan antiguo, y los enfermos más mozos y recios. Y con esto se escusaron, y la señora se volvió con su marido, tan enferma como se vino.

No fué esta cura de don Pedro de Santillán de tan poco momento que no causase mucha admiración en toda Sevilla, y fué tanta, que solamente por ella y en su demanda se despachó una carabela para las Indias con mucha costa y presteza, cosa rara y que por ningún médico, por docto que fuese, hasta hoy se ha visto ni oído decir. Y pasó el caso desta manera:

Estaba una hija de un Veinticuatro de Sevilla enferma desta mala enfermedad dende su niñez, y como la hubiesen curado muchas veces los mejores médicos que allí había y no pudiesen librarla de tanto mal y daño, remitieron y reservaron su cura y remedio para cuando mudase la edad, que era a los 14 años, como dicho tengo, en el cual tiempo la volvieron a curar con mucha diligencia y costa, por no tener su padre otro hijo, y ser ella única heredera de mucha hacienda que tenía; y como no consiguiese salud del todo, sino alguna notable mejoría, quedóse con aquello a merced y dispusición de Dios y de su buena complisión y naturaleza. Llegó a edad de veinte y más años y la enfermedad y paroxismos la iban apretando más cada día. Era por este tiempo cuando yo vine a Sevilla, y como su padre en aquella sazón fuese a la corte a negocios de aquella cibdad, adonde estuvo todo el tiempo que yo estuve en Sevilla, y algo más, no se trató más de la cura de la doncella, aunque supieron el suceso de la monja y el de don Pedro de Santillán; y esto, diciendo que estaban esperando a su padre cada día, y que venido que fuese se curaría. Vino el padre, y cuando vino había un mes que yo

había salido de Sevilla. Sintiólo mucho el padre y mucho más la hija, que quedó muy triste y desconsolada por parecerle que quedaba sin remedio y por haber perdido tan buena ocasión. Fué luego muy cuidadoso el padre a saber de mi suegro adónde había ido y qué tanto tiempo había; el cual le dijo que había un mes que me había partido para San Lúcar, y que allí me había embarcado con Cristóbal de Tapia y Baltasar García, Regidores ambos de Santo Domingo, que habían estado dos años en corte, el uno por procurador de aquella isla, y el otro negociando el perdón de su mujer y cuñado que había muerto. —Bien los conozco, dijo el Veinticuatro, y son grandes mis amigos, que estuvimos en una posada juntos en corte.

Fuése luego a su casa, y en llegando despachó un criado suyo con una carta para Cristóbal de Tapia, en que le pedía muy encarecidamente que por su intercesión, ya que él no me conocía, se diese orden cómo yo escribiese aquella cura que se había hecho a don Pedro, y que el portador daría recaudo bastante de lo que por ella quisiese llevar, y que no quedase por dinero ni otra cosa, porque le iba mucho en ello.

Partióse luego el criado a San Lúcar con instrución de seguirme hasta Santo Domingo, no me podiendo alcanzar antes. Llegado que fué a San Lúcar, supo como me había embarcado 15 días había en una carabela de negros que allí vinieron, y que la fletamos aquellos caballeros y yo hasta la isla de la Palma, y más no, porque no tenía licencia para pasar adelante; y que habíamos ido en compañía de otro navío bien armado que llevaba el Adelantado de Canaria, que pasaba a su tierra y había de tomar a Tenerife.

Procuró el mensajero embarcación para ir en nuestra demanda, y como no la hallase, se volvió a Sevilla, y despachando con mucha deligencia su amo una carabela de las que allí vienen con sardina y fletándola toda al través para este efeto tan solamente, se volvió luego y con buen tiempo que les hizo nos alcanzó en la Palma, adonde nos habíamos detenido esperando que

cargase de vino una galeaza de Villaviciosa que nos había de llevar.

Llegado que fué el portador, dió la carta a Cristóbal de Tapia, y a mí me dió otra del Dotor Juan Díaz, grande mi amigo y condicípulo de Salamanca, en que me rogaba muy encarecidamente enviase la cura de la epilepsia que había hecho a don Pedro de Santillán, diciendo que era para una hija, moza doncella de poco más que de 20 años, de un grande su amigo y señor, a quien estaba muy obligado por muchas razones y mercedes que dél había recebido, la cual me sería bien pagada y agradecida.

Luego lo puse por obra y la escrebí en latín, porque ansí me lo encargó el dotor, porque no fuese tan común, y porque no la trasladasen antes de venir a su poder; dediquéla al Cristóbal de Tapia, por ir como iba en su compañía y estarle muy obligado, y ofreciéndome el portador cantidad de reales, no quise por ello cosa alguna, que ansí me lo había encomendado el Tapia, y hallándose muy obligado y agradecido el portador, me envió dos barriles de atún de hijada y un quintal de bizcocho de Utrera, con algunos otros regalos de su matalotaje que sirvieron tanto y más que el dinero.

Pasados ocho y más meses que esto sucedió, vino a Santo Domingo Pedro de las Ruelas, que iba por General a la Nueva España, y me dijo que había aquella señora quedado sana y muy buena mediante la cura que el Dotor Juan Díaz, por mi relación y carta, le había hecho; que fué causa que luego su padre la casase, lo que hasta allí no había hecho por razón de la enfermedad, y fué mal aconsejado, porque el casarla solamente suele ser el mejor remedio a las doncellas, ansí para este como para otros muchos acidentes que suelen padecer, como bien lo aconseja Hipócrates.

Esta misma carta en latín que entonces escrebí en la Palma, conforme a la relación que de la enferma y enfermedad me hicieron, hallé en este año de 1607, entre otras que la necesidad me obligó a escrebir en aquel lenguaje, en un muy viejo y ciego borrador, y la tras-

ladé con las demás para que juntamente con una repetición que hice sobre el aforismo 29 del 2.° libro de Hipócrates se imprimiesen y juntasen al libro que de las Sentencias de los illustres autores médicos hice en este año pasado de 606, y allí la podrá leer el que quisiere, siendo Dios servido que salgan a luz para gloria suya, con cuyo favor escribo sin antojos, de edad de 75 años y para provecho de los prójimos.

El haber salido de Sevilla con la historia no fué de propósito, porque muchas otras curas pudiera escrebir que en ella hice antes de venir a este término; sino acaso y en consecuencia desta grave enfermedad de gota coral; y ansí antes de salir volveremos a otra no menos maravillosa cura, y que fué la causa de casarme en aquella cibdad, y también de salir della, como más largamente veremos en el Discurso siguiente.

DISCURSO 17

Trata de una portentosa cura que en Sevilla hice de una mola matricis y del secreto con que se curó.

Entre otros enfermos que en Sevilla curé de los que los médicos de aquella cibdad no habían podido curar, fué una señora, mujer del mayordomo del Duque de Arcos, que tenía una mola matricis tan grande, que parecía que estaba preñada de dos criaturas; y como su marido estuviese en el Perú dos años había en ciertas cobranzas de su señora y suyas, vivía la pobre mujer tan corrida, triste y afrentada que no osaba salir a luz, sino se estaba siempre metida en un escuro rincón, por causa de las malas lenguas.

Curáronla y hicieron anatomía en ella cuantos médicos había en Sevilla, y no pudiendo quitalle media onza tan solamente de la grande barriga que tenía, la dejaron tan enferma y más que de antes, y teniendo noticia al cabo de un año que había que estaba yo allí de algunas curas maravillosas y que los demás médicos no

habían podido acabar, acudieron a mí con poca esperanza de conseguir salud, habiendo pasado por tantas manos de tan famosos médicos y no le habiendo aprovechado.

Fuíla a vesitar la primera vez por la tarde y halléla que tenía una calentura lenta que le duraba toda la noche, y aunque estaba ella corpulenta y de buenas carnes y sujeto, no le bajaba su regla dos años había, no pasando de 30 años de edad, ni los médicos se la habían podido provocar por muchos remedios que para ello habían hecho; que parece se le convertía y congelaba en aquella hinchazón y tumor que allí tenía. Proveí aquella tarde que no cenase más de una breve colación a las ocho de la noche y que se le cociese agua con anís para beber, y que tuviese a la mañana tomadas dos orinas en diferentes vasos; la una, que fuese la primera que después de media noche orinase, y la otra, de la mañana; difiriendo el mirarle la barriga y miembros interiores para el otro día en ayunas.

Volví al otro día a ver mi enferma y halléla muy acompañada de doncellas y señoras deudas del Duque, que, por ser pobres, conforme a su talento las tenía allí el Duque para las casar o darle estado, ansí él como la Marquesa de Villanueva, que a la sazón había enviudado y estaba allí recogida haciendo grandes limosnas y mercedes a todos los deudos pobres que tenía, que no eran pocos. Llegóse, pues, como digo, toda esta gente por ver lo que yo decía de aquella enfermedad tan grave y perjudicial, y también por verme a mí, como cosa nueva en aquella tierra.

Habiendo, pues, visto la barriga, hígado y bazo de la enferma, levantéme a ver las orinas a lo claro, y vistas, hallé que estaban entreambas cocidas y de buena sustancia y dispusición, y que la calentura que por la tarde había visto, se le había acabado al cuarto del alba con poco sudor, y dormía de noche bien y sosegadamente, mayormente cuando no cenaba; lo cual todo bien visto, y vistos también los libros y autores que de aquella enfermedad mejor escriben, me pareció cosa teme-

raria querer emprender cura que no habían podido salir con ella tantos y tan doctos médicos, y también por que yo nunca había curado aquella enfermedad ni vístola curar en todo el tiempo que anduve con Alderete a la prática; y ansí le dije la dificultad que tenía, y que si no consiguiese el fin deseado no se maravillase, pues que tantos médicos no habían podido; que yo haría todo mi pusible, y cuando más no hubiese, se le quitaría aquella calentura que cada día le acudía, y en lo demás recebiría notable provecho, cuando del todo no quedase sana.

Dijo que con eso se contentaba, porque iba aquella hinchazón cada día a más, y que le daba ya grande pena. Y luego las demás señoras que allí estaban me encargaron grandemente su salud prometiéndome que si la sanaba, toda Sevilla se curaría conmigo; a lo que respondí que no era de mi condición curar muchos enfermos, sino pocos y bien curados, porque siendo muchos era impusible que fuesen bien curados. Y como era razón dijéronme que tenía contraria condición que los demás médicos, los cuales andaban aposta a buscar enfermos y nunca les parecían muchos, aunque fuese en tiempo de pestilencia, según la codicia que dellos tenían. —Como no somos todos hijos de una madre, cada uno tiene su condición, dije yo. Y con esto y con un jarabe de fumaria y de cinco raíces con agua de hinojo que le ordené, pasé adelante a visitar más enfermos, avisándole primero de que había de comer a las ocho del día de pasas y almendras o una naranja duce a principio, y de un pollo o perdiz después, y a la postre, carne de durazno, confites de anís o un limón en conserva.

Volví a la vesita de la tarde y hallé que la calentura era menos, y que le había venido más tarde, y la causa dello fué haber comido temprano, porque de antes comía a las once, y a veces a medio día, y con la mala orden y a veces malas comidas daba mucha ocasión a la fiebre, y ansí no es de maravilla que en tan poco tiempo tuviese mejoría. Mandéle cenar como la noche antes y que volviese a tomar el mismo jarabe muy de mañana pri-

mero que yo allá fuese. Hízolo ansí y prosiguiendo con este orden cinco o seis días, se purgó al otro siguiente, estando el cielo y planetas en buena dispusición, porque adonde la enfermedad da lugar, como en ésta, es muy bien que nos conformemos con las estrellas, y consejo muy encargado de Hipócrates y Galeno, por más que Manardo y los de su bando lo contradigan, porque hacer otra cosa es yerro grande y que suele costar la vida, como habemos visto y es opinión de hombres que no lo aprendieron ni saben hacer y, por tanto, lo reprueban.

Fué la purga de diachatolicón, diafenicón y confección de hamec, de cada cual media onza, desatado todo en cocimiento de hojas de sen y bebido frío una hora antes de amanecer; con que purgó muy bien, sin bascas ni molestia alguna, y al otro día tomó conservas de borrajas en lugar de azúcar rosado, con agua de hinojo, y lo mismo hizo dos días adelante, en los cuales se le hizo una pócima aperitiva, como atrás queda recetada, eceto que se le añadieron tres onzas de raíces de aratamisa, y en el resto se hizo como aquella que hicimos para curar las opilaciones.

Sangróse esta enferma, por estar muy repleta y llena, en el tiempo que tomaba los jarabes antes de se purgar, dos veces, cada una de su brazo y de la vena del arca; sacáronle siete onzas o ocho de sangre cada vez, y después de purgada, en el tiempo que tomaba la pócima, por el orden que atrás dijimos, se sangró otras dos de los tobillos, sacándole la misma cantidad de sangre, con que sintió alivio notable; fuésele, demás desto, en todo este tiempo que duró la pócima y seis días adelante, untando toda la barriga y dureza con ungüento desopilativo de zumos y aceite de alcaparras, partes iguales, trayendo la mano liviana al untar, por no hacer traición, y también se le daba a beber en este tiempo agua de canela y a comer cocido, y se le estrechó la dieta, de suerte que no comía sino de un pollo cocido con uno o dos rábanos y un poco de perejil o yerbabuena y un puño de pasas; y al cenar, unas pasas o conserva caliente, con poco pan, y ése, de toda harina; el agua se

calentaba sola, y después de bien caliente se le echaba la canela molida y se atapaba bien con ella.

Acabó de beber la pócima con este orden que dicho habemos, y su tumor y mola se estaba como de antes, aunque con la dieta y evacuaciones había adelgazado a razón del más cuerpo; y no hallando en los autores que desta enfermedad escriben cosa notable que no estuviese ya intentada y aplicada por los muchos médicos que la habían curado, y echándome a pensar qué remedio le podría hacer de nuevo que fuese de más efeto que los que hasta allí se le habían hecho, acordóseme de un grande secreto que hallé en mi secretario y prático desechado, con que hacía echar la criatura muerta a las preñadas, y a las demás las hacía parir muy en breve y con pocos dolores; y haciendo mi cuenta, que, pues aquella secreta y cierta bebida hacía aquello con tanta certeza y espiriencia que ya yo della tenía, también podría hacer salir fuera aquella mola y tumor tan grande como tenía, atento a que él y la muerta criatura eran muy semejantes, púsoseme esto en la cabeza y voy luego al otro día a la botica y hago que se haga el bebedizo en mi presencia, y visitando la enferma como a las siete de la mañana, se le hizo beber todo y sintiendo con el movimiento grande rayos y dolores en la barriga, no echó cosa alguna. Pasó aquella semana, y luego a la otra le hice beber otro tanto en ayunas, y hizo lo mismo que el primero; tomó otro a la tercera semana y juntamente con él se le metió por la boca de la madre un supositorio o mecha de algodón, gruesa como el dedo pulgar, de cuasi un jeme de largo, la cual iba empapada en dos onzas de zumo de mercuriales y dos dramas, una de salitre y otra de sal gema. Estuvo dos horas con ella y con la bebida en el cuerpo, y al cabo dellas comenzó a quebrar deila una sanguaza blanca, como lavaduras de carne, y de mal olor. Túvose por muy buena señal, y haciéndole traer las piernas con paños ásperos reciamente, estuvo todo aquel día echando aquella sangre hasta que de noche, con el sueño, se le estancó. Quitósele la mecha, encomenzando a salir la sangre y quedóse

así por toda aquella semana, prosiguiendo con su dieta y muy contenta y alegre, ansí por no habelle sucedido hasta entonces nada de aquello como por habérsele abajado la barriga notablemente.

Cuando vino el lunes de la otra semana, fuíme muy de mañana a la botica y hago que en mi presencia se le haga otra bebida, añidiéndole un poco más que a las otras de los materiales que llevaba, y otro supositorio ni más ni menos que el pasado; y llegado que fuí con ello a la enferma, le dije: —Vmd., señora, ha de tener paciencia, que ya que Dios ha comenzado a hacernos merced, es menester siguir la vitoria para alcanzar salud del todo, porque a un mal tan pertinaz como es, el remedio también tiene de ser porfiado, y ha de beber esta otra bebida y aplicar otra mecha como la pasada, que cuando más no haga de lo que hizo la otra, irá poco a poco consumiendo esa mala cosa que ahí tiene. Bebióla, aunque con mucho asco y trabajo, que estaba ya muy harta y cansada de tantos brevajes, pero como quiera que no hay remedio grave ni pesado como prometa salud, bebiólo al fin, diciendo que si con él le había Dios de dar salud, que bebería otros ciento.

Después que lo hubo bebido, me salí yo a visitar, y pasadas que fueron dos horas que lo hubo bebido, comenzáronle a venir tantos dolores de parto, con tantos rayos y barahunda, que se vido muy apretada; y enviándome a llamar a grande priesa, no me hallaron, que andaba vesitando. Hicieron luego muchas plegarias y llamaron una partera, con cuya ayuda echó en espacio de media hora catorce pedazos de una carnaza prieta y mal acondicionada, algunos dellos como el puño, y otros menores; y volviendo yo cerca de medio día, antes de me recoger, para ver en qué había parado la bebida, que luego se me figuró que había de hacer hacienda, hallé una negra que salía con ellos en una bacía con agua, que me los llevaba a mostrar y a todos los más médicos y, finalmente, a toda Sevilla, que no quedó caballero ni señora que no corriesen: con que cobró salud la enferma y restauró su honra, y la gente sevillana

quedó toda admirada y dando orden cómo casarme en aquella cibdad.

Bien creo que estará ya el lector deseoso de saber qué secreto es este que tantos milagros hace, para tenerlo en mucho y aprovecharse dél en ocasiones, que cada día se ofrecen, ansí acerca desta enfermedad como de partos y muertos y todos los demás que facilita grandemente, sin que haya habido falla ni ececión en 50 años que ha que uso dél, y lo mismo hace en las mujeres que no les baja su regla, como sea aparejada y suficiente para poderle bajar, porque en las que no son tales, aunque no haga efecto no será por culpa o falta suya, sino del sujeto a que se aplica, y aun en éstos hace algunas veces obra sin tener para ello obligación alguna: tanta es su virtud y fuerza; para lo cual es de saber que la mujer en pasando de 45 años, y a veces antes, no le baja, comúnmente hablando y por la mayor parte, su regla, y a estas tales no hay para qué hacerles fuerza por más que se quejen y pidan para ello socorro al médico, como muchas veces lo suelen hacer, porque como ya no es tiempo de parir en aquella edad, tampoco lo es de bajarle, y esto, como dicho es, será lo más común y ordinario, porque en casos particulares cada día se deja ver lo contrario, como vimos en esta cibdad de Cartagena, adonde escribo esto al presente, en Isabel de Silva, mujer que fué de Antonio Delgado, que de 70 y más años paría, y otras a este tono, porque acerca de Dios no hay cosa impusible, como dijo el Angel.

También se ecetan y sacan del número de los que le debe bajar su mes, las mozas que no llegan a 12 hasta 15 años, porque éstas, como van creciendo, tienen necesidad de toda la sangre para el incremento, y desta manera no les sobra cosa para le poder bajar, y que naturaleza, como superfluo y sobrado, lo desecha, y lo mismo hace a las flacas, enfermas y convalecientes, que, al fin, donde hay hambre y necesidad nunca sobra comida que poder arrojar; y, por tanto, a todas éstas, aunque tengan edad suficiente, no les baja ni hay obli-

gación para ello naturalmente hablando, y ansí no se debe echar culpa al medicamento si en tal caso no respondiere a lo que promete.

Hecha, pues, esta distinción, es de saber que se compone este divino medicamento y bebida de dos dramas de atincar mineral muy escogido y de dos escrúpulos de fina canela, con tres granos de buen azafrán. Todo ello muy molido se dará a beber con cinco onzas de agua de artamisa o con tres del zumo, de mañana en ayunas, y una vez cada semana hasta tanto que haga el efeto deseado; y esto en la mola matriz y en las que queremos que les baje la regla, porque en las que no pueden parir o tienen la criatura muerta, si de una vez no hiciere efeto, que sí creo que hará, como siempre lo ha hecho, bien se le puede dar otra vez dende a seis horas, por el mucho peligro que tienen en la tardanza.

Acabada que fué esta famosa cura, luego trataron las sevillanas de casarme en aquella cibdad, y entre los muchos y buenos casamientos que me ofrecieron, fué el uno con una hija de un mayordomo de las obras de aquella cibdad, hombre rico y que no tenía otro heredero, y la moza era viuda, de edad de hasta 20 años, que había sido casada con un indiano de México que había venido rico y todo se le había quedado a ella, y con esta señora estuve muy a canto de me casar; mas como Dios nuestro señor tenía ordenado de me traer a remediar esta tierra, como adelante veremos, y casándome con esta señora no era pusible salir de Sevilla, ansí por la mucha hacienda que su padre en casas y posesiones tenía como por lo bien que a mí me iba en ella, dió traza y orden como este casamiento estando ya concertado, se debaratase, encaminándome otro más aparejado para lo que pretendía hacer de mí, y fué desta manera.

Como quedase muy conocido y en gracia de todas aquellas señoras que en casa del Duque de Arcos estaban, y como hubiesen entendido que me casaban con aquella moza viuda que dicho tengo, enviáronme a llamar, y sinificándome la mucha voluntad que tenían de me hacer bien y merced, me dijeron cómo había venido

a su noticia que yo quería tomar estado y casarme, y que en pago de la buena obra y cura que había hecho, aquella señora me quería casar de su mano con doña Marta Ponce, doncella noble y que yo bien conocía, sobrina del Marqués de Villanueva, que a la sazón estaba allí con ella, la cual, aunque pobre, era de lo mejor de Sevilla, cuanto más que viéndola casada, la Marquesa y su tío Jorge Cataño lo harían bien con ella, pero que antes de estar desposada no les darían parte, por entender que no vernían tan fácilmente en ello, y que no dejaría de haber algún desvío porque sus deudos eran muchos y muy caballeros y no estaban ciertas cómo lo tomarían.

Yo les besé las manos por la merced y se lo agradecí mucho y les dije que cuando la Marquesa ni su tío no le diesen cosa, no me faltaría a mí para la sustentar conforme a quien era, y que lo pusiesen luego por obra antes que fuese sentido. Dijéronme que volviese aquella noche a prima noche, y que ternían aparejado para tomarnos las manos. Volví a la hora que me mandaron, y tenían ya allí el cura de la perroquia que luego nos desposó, y sospechando lo que había de ser me metieron luego con ella en un aposento para que se consumase el matrimonio; y habiendo dormido aquella noche con ella, me volví a mi casa antes que fuese de día, y queriendo salir a vesitar me llegó un billete en que me avisaban que no saliese de casa y que me pusiese en cobro y estuviese con cuidado y sobre aviso hasta que de otra cosa me avisasen, porque Juan Cataño Ponce y su hermano Jorge Cataño habían sabido el casamiento y fueron con mano armada para dar de puñaladas a doña Marta, la cual se había escondido, y que su prima doña Catalina de Ribera la había llevado consigo y la tenía puesta en cobro hasta ver en qué paraba la furia.

Estúveme en casa todo aquel día con las puertas cerradas, y en siendo de noche me salí disfrazado y me fuí en casa del Dotor Juan Díaz, mi amigo, y dejé dicho a un criado mío que si alguien me viniese a buscar, que me avisase, que allí me hallaría. Fué el mozo dende a dos horas adonde yo estaba y díjome que había ve-

nido a casa un criado de Per Afán de Ribera, que a la sazón curaba de un grave dolor de hijada, a preguntar qué haría su señor, que no podía dormir ni sosegar, y que en abriendo la puerta para írmelo a decir habían entrado tres hombres enmascarados y armados, y que sin hablar palabra se subieron y buscaron toda la casa, y como no me hallaron, se volvieron a salir.

Estúveme toda aquella noche en casa del dotor, y a la mañana le rogué que fuese a hablar con mi suegro y le dije(se) que no era su hija la primera que se había casado sin licencia de su padre; que si lo había porque era médico, que allí le enviaba la información de quién era, hecha en Salamanca y reconocida y aprobada por los escribanos de Sevilla; que hablase y se la mostrase a su hermano y parientes, y que si fuesen servidos de que yo estuviese allí con mi mujer; si no, que con ella o sin ella me saldría luego de Sevilla. Hízolo ansí, y mostrando mi suegro la información a Jorge Cataño, su hermano, la botó y no la quiso escuchar y ansí respondió al dotor que no tenía remedio.

Visto esto, vóime al Inquisidor Gasco, que era mucho mi amigo que le leía yo en su casa el Astrolabio de Aguilera, por cuanto era muy aficionado a la Astrología, y también porque curaba yo en aquel tiempo los presos de la Inquisición, por el Dotor Figueroa, que estaba enfermo, y contándole el caso y suplicándole hiciese a mi suegro me perdonase y admitiese en su gracia, lo hizo muy cumplidamente y como quien era, y no queriéndolo enviar a llamar para hablarle, subió al día siguiente a mula y fué a Sevilla y le habló en su casa por más obligarlo, y acabó con él que me perdonase y nos llevase a su casa a mí y a su hija. Lo cual sabido por su hermano y los demás sobrinos y parientes, le quitaron la habla y lo demás en que lo solían aprovechar, por lo que vivía desgustoso y mucho más yo, que demás de no andar seguro se me habían remontado los enfermos por no haberlos visitado con estas cismas y disensiones, y ansí a cabo de pocos días que estuve en su casa, en las casas del Alguacil Mayor de la Inquisición,

que entonces era, que están a San Andrés, en frente de las de Diego Ortiz de Avellaneda, y se llamaba él don Luis Sotelo, me embarqué para San Lúcar, como dicho tengo, con una carta de mi suegro para un sobrino suyo que era paje del Duque de Medina, para si algo se me ofreciese, y con un mandamiento de la Justicia en que le mandaban volver la blanca de la carne, y esto y no otra cosa fué lo que me dió en dote.

Ya deste discurso y de los pasados terná entendido el curioso letor, cómo la divina Providencia me traía forzado y como por los cabellos hasta ponerme adonde tenía decretado que yo le sirviese en este ministerio; porque estando como estaba en Sevilla tan bien puesto y acreditado que para ser muy rico no tenía necesidad de ponerme en el riesgo que se ponen los que pasan a las Indias, me hizo que lo dejase todo en poco espacio y me partiese, como habemos visto, por la posta, sin aguardar flota, en un navío, solo y venturero, adonde se corría el riesgo doblado, en el cual llegué a las Islas de Canaria y dende a Santo Domingo de la Española, adonde estuve ocho años, y en ellos me sucedieron curas y casos natabilísimos, como luego veremos, cuanto acabe de decir algunos otros sucesos también notables que antes que me casase en Sevilla me sucedieron, entre los cuales fué uno de un dolor gravísimo de ciática en una moza pobre, que por ser enfermedad que no se deja curar comúnmente de los médicos y por haber sido esta cura y remedio que a esta moza se hizo tan eficaz y poderoso, que no solamente a ella la dejó sana para el resto de la vida de aquella mala y comúnmente incurable enfermedad, pero a otros muchos que después acá en 50 años he curado, me pareció no era justo dejar de escrebilla antes de entrar en las Indias, por el mucho provecho que della se siguirá al que con deligencia y destreza la supiere poner por la obra, porque los medicamentos, como Galeno dice, no son de tanta importancia cuanto es el saber bien usar dellos.

DISCURSO 18

TRATA DE UNA CURA QUE HICE A UNA MOZA QUE PADECÍA UN GRAVÍSIMO DOLOR DE CIÁTICA EN AMBAS PIERNAS.

Yendo visitando un día de mañana por aquella calle larga que sube dende la Pajería, adonde curaba dos o tres enfermos, y apeándome a ver el primero, subía después a pie a vesitar los demás, porque estaban cerca unos de otros; pues subiendo la calle ansí a pie, como digo, oí grandes voces en una casa baja que está a mano derecha, y haciéndome lástima y aun fuerza los grandes quejidos que daban, me entré dentro sin ser llamado, cosa que yo jamás hice, y entrado que fuí, vide estar una mujer moza, como de 23 ó 24 años, en una pobre cama de un cañizo, y estaba en cruquillas o en cuatro pies, dando aquellas voces que digo; y llegado a ella y preguntándole qué tenía, me dijo que tenía un mal de rabia, el cual nunca Dios diese a moro ni cristiano, ni aun a perro de la calle. —Pues decídmelo, señora, le dije yo; que podría ser daros algún remedio que aprovechase. —Oh, señor, que ya me han curado veinte dotores y todos me dejan peor que de antes; que son mis grandes pecados y no es otra cosa. —Pues si eso entendéis, confesaos, y quitando los pecados, se quitará el mal. —Ya lo he querido hacer, y el grande dolor no me da venia para ello. —Pues decidme, ea, dónde tenéis el dolor, que yo daré orden cómo os dé lugar para tan buena obra. —Estos dos cuadriles me comen perros, y ayer hizo 15 días que estoy desta manera, sin me poder acostar de un lado ni otro ni más de lo que Vmd. ve. —¿Han os sangrado? —No han podido, por no poder estar sentada ni echada, y también porque no como más de un caldo que me dan a beber con un cañuto, y tampoco he dormido en todo este tiempo, y por eso no me han osado sangrar, pero hanme purgado y puesto mil emplastos, y todo ello sin haber recebido más alivio que

esto que ve. A lo que dije yo: —Mucho miedo ha sido ese. No han de estar los buenos médicos tan atados a los libros y precetos, que en un caso como éste no arrastren por todos ellos y hagan lo que más conviene. Llamáme acá un barbero, dije a un mozo mío. Y llamándolo, que vivía allí cerca, le hice que ansí como estaba, sin más ligadura, que no era necesaria porque tenía los brazos de la fuerza de cargar sobre ellos moreteados y las venas tan gruesas como un dedo, le abriese la vena del arca de entrambos brazos juntos, y saliendo la sangre con gran fuerza, la dejé salir en un librillejo que en medio se le puso, larga libra y media, y desmayándose, se dejó caer para un lado, y atadas las venas, le echamos agua en la cara, y luego volvió y como se vido ansí, dijo: —Gracias a Dios que ya estoy echada.

Mandé que le diesen de comer dende a una hora de un pollo que dijo tenía a cocer y que la dejasen dormir, pues había tanto tiempo que no dormía. Volví a vesitarla por la tarde y halléla echada, y echándome mil bendiciones. Preguntéle por el dolor. Respondió que lo tenía amortiguado, pero que en ninguna manera se podía volver si no la volvían una madre vieja y una muchacha que allí tenía, y que no podía estar dos credos de un lado, que luego se le entumía la pierna y le daban rayos y calambre. Mandéle que buscasen una cama de viento y que se echase en ella, porque aquella era de cañas y muy dura y tenía poca y mala ropa debajo, porque era un viejo y duro colchón y por eso no podía sosegar. Buscaron la cama y acostóse en ella y durmió toda la noche como una piedra sin se menear; que la mala y dura cama no la dejaba reposar. Ordenéle que tomase cinco días arreo una drama de píldoras de hiera simple de Galeno, formando della dos píldoras doradas tan solamente, con que hacía dos, tres y cuatro cámaras cada día; y al cabo de los cinco días le eché un pegado o emplasto en ambas las coyunturas de la ceática, que tomaba toda la coyuntura en redondo; y el emplasto era hecho de dos onzas de buena trementina y otras dos de polvos de piedra azufre, todo mezclado,

con el cual se halló tan bien, que pudo volverse y sentarse en la cama y estar sin dolor; y por cuanto quedó tollida, que no podía andar sino con dos muletas, ordené que todos los viernes y sábados vomitase después de bien harta de sardinas y rábanos y lo más que ella quisiese, porque estos vómitos se tienen de hacer un día en pos de otro, por consejo de Hipócrates, para que evacuando al segundo lo que quedó movido del primero, hagan más provecho. Y con ello fué tanto lo que las piernas se le desenconaron y extendieron, que en espacio de un mes andaba ya sin muletas y estaba del todo sana, aunque no tuvo el emplasto más de los quince días.

Fué tanto el miedo que esta pobre mujer cobró a esta enfermedad y dolor, porque le solía dar por temporadas, aunque no tan recio ni con mucho como entonces, que me rogó muy encarecidamente que, por amor de Dios, le hiciese caridad si había algún remedio para que no le volviese, que se lo dijese; que la una y otra buena obra me pagaría en oraciones, que otra cosa al presente no tenía; que por eso los médicos la dejaban a media cura y tan mala como de antes.

Vista, pues, su petición ser justa, y que por hacerse por amor de Dios se debía hacer con más voluntad y deligencia que si por dinero se hiciera, le mandé que para otro día a las seis de la mañana tuviese un anafe o brasero con candela y me aguardase en ayunas, sin comer cosa alguna. Hízolo ansí, y viniendo que vine, puse a calentar un chiquito y muy agudo cauterio que para aquel efeto hice hacer, y con él bien encendido le corté con mi mano las dos ternillas que atraviesan las orejas por encima del agujero por donde oímos, y poniéndole unos pañitos doblados con una poca de clara de huevo, y pronosticándole que con aquello y con usar los vómitos por el remaniente de la vida, aunque no fuese más de un día cada semana, no le volvería más el dolor, me despedí della y de la cura. Y encontrando con ella dallí a más de tres meses, me dijo que se hallaba tan liviana y buena, que entendía que no le volvería más el

dolor, y que quería dejar los vómitos; a lo que le respondí que si los dejaba, que no tardaría mucho que no le volviese; por tanto, que mirase lo que hacía.

Breve ha sido esta cura, pero tan provechosa y necesaria, que rémedia con mucha certeza una enfermedad tan grave y dudosa, y tan pertinaz y dificultosa de quitar, que hasta hoy ninguna de cuantas curas y remedios para ella hay escritas han sido bastantes para del todo desterralla, si no es ésta que se escribe la primera vez agora: porque aunque el cauterio lo escribe Alonso López de Corellas, en las orejas, como dicho es, y otro en los dedos de los pies alaba también mucho el Dotor Farfán, ninguno dellos es cierto ni bastante si no es acompañado con los vómitos que yo le añedí, los cuales son bastantes y ciertos para éste y otros muchos e incurables males, como yo en largo tiempo tengo expirementado, hechos en la forma que dicho tengo, y teniendo la comida media hora tan solamente en el cuerpo, que solos ellos son poderosos a desterrar toda gota, ceática, bubas, cuartanas, piedra y muchas otras enfermedades que los médicos con poca advertencia llaman incurables; porque si bien miraran en ello, entendieran cómo no venía bien con la infinita misericordia de Dios nuestro Señor darnos la enfermedad sola para nuestro daño, sin reparo ni remedio para ella; y ansí tengo por conclusión averiguada que ninguna enfermedad humana hay a quien Dios no haya señalado cura y remedio cierto, si no es a la vejez y muerte natural y aun ésa la entretenemos con buena orden y regla, como hizo Galeno, que vivió 140 años; mas comoquiera que la codicia y estudio poco conténtanse con lo inventado y no procuran saber ni descubrir más de lo que hallan escrito, y ansí se quedan los remedios por saber y las enfermedades por incurables, lo cual, como Quintiliano dice, es de cortos y perezosos ingenios y de hombres que son para poco, que el ánimo fuerte y generoso con los trabajos engorda y se mantiene.

Bien creo no faltará quien nos argumente con la apoplejía fuerte, que no recibe cura; con la hidropesía

confirmada, con el zaratán, con el cancro ulcerado, con la locura y manía y otras muchas enfermedades a este modo, que ordinariamente no reciben cura; a lo que respondemos que la apoplejía fuerte más es rayo de Dios y muerte supitánea, de la cual dijo la Iglesia "liberanos Domine", que enfermedad; y de las demás, ninguna hay que no reciba remedio si con tiempo y buena cura les socorren; porque a la hidropesía confirmada, curalla antes que se confirme, y tiene fácil el remedio, que Dios no la hizo incurable sino el descuido y negligencia de los hombres; y lo mesmo se entenderá de todas las demás, si al principio se pone deligencia.

DISCURSO 19

Trata de la cierta y provechosa cura de una muy pertinaz ictericia.

Estaba en Sevilla una viuda, mujer que había sido de un fulano de Almeida, portugués, cuyo hijo es el maestro Almeida, sacerdote que pasó por esta cibdad de Cartagena para el Perú habrá veinte y cinco años y volvió a Castilla habrá diez, cuando esto escribo, que es en 13 de febrero de 1607, y tenía esta viuda una hija mayor que el hermano, de edad de hasta 17 ó 18 años, tan enferma, amarilla y de mal color, que era causa bastante para que su madre no la casase, aunque tenía mucha gana, y muy bien con qué casalla. No dejó médico en toda Sevilla con quien no la curase y, con todo, se quedó tan mala como de antes, y con una fiebre lenta que le daba cada tarde y le duraba hasta que era de día. Todos o la mayor parte de los médicos lo echaban a que no le bajaba su regla, y que en comenzando a bajarle, que aún no había comenzado, luego estaría buena; y con esto y haber hecho sus deligencias y menorádole la dote, se dispidía cada uno.

Ya que la pobre señora no le quedaban más dotores que llamar, acudió a mí, porque no le quedase piedra por mover, y también porque tuvo noticia de las mara-

villosas curas que Dios por mi mano en aquella ciudad había obrado; y vista la enferma y la urina con ella, vide luego claramente que tenía una grave itericia. Díjele que tenía necesidad de ver y tentar toda la barriga, estómago, hígado, bazo y las venas mesaraicas. Respondióme la madre que los dotores de aquella tierra no acostumbraban a mirar barrigas; que su hija era doncella y no quería que nadie viese su barriga; que curase como los demás curaban, sin introducir nuevas costumbres. Y a la verdad, el primer médico que en España acostumbró y introdujo el mirar y examinar los miembros interiores fué Alderete, y los que no lo aprendieron dél o de algún discípulo suyo, no hacen caudal dello, y ansí dejan muchas enfermedades por curar, como dejaron ésta.

—Esto, señora, se hace por su provecho y salud, respondí yo; y el no habello hecho esos señores ha sido causa de no habella sanado, porque la enfermedad, si no se conoce primero destinta y perfetamente, es impusible, como Avicena dice, que se deje curar; y desta manera y no de otra se entenderá adónde tiene su asiento y de dónde procede; lo que, siendo bien sabido, luego el remedio será acertado, y de otra manera es curar a tiento y con poco fundamento.

—Pues si en eso está el remedio, dijo ella, véala Vmd. en hora buena. Y desatapando lo necesario, la miré y vide que le sobraba razón para no querella mostrar, porque tenía la barriga y todo el cuerpo como si con azafrán desleído se lo hubieran teñido, y las venas mesaraicas como cuerdas de vihuela, y el hígado tan duro, que parecía estar ya cirroso; y ansí como lo vide, le dije: —Gran ventura ha sido no hincharse de los tobillos. —No se le dejan de hinchar tanto cuanto por las tardes, respondió ella. —Pues téngase mucha cuenta con que beba poca agua, y ésa, cocida con anís: porque si da en hidrópica, terná muy dudosa la salud. —Pues los otros dotores no le quitaban el agua, dijo ella. —Es porque no vieron esto; que si lo vieran, también se la quitaran. —Pues ¿qué manda Vmd. que ha-

gamos? —Quiero verla por la tarde para ver qué tanta es la calentura, y entonces yo avisaré lo que se tiene de hacer. Y agora, coma como suele y cuézanle luego agua, y no se haga otra cosa.

Volví a la vesita de la tarde y hallo a mi enferma con mucha calentura. Díjele a la madre: —No es tan lenta esta fiebre como Vmd. me dijo. —Con su venida se debió de arreciar, que de antes poca era. —No debe ser eso; que antes se suelen quitar en tomando yo el pulso al enfermo, como me ha acontecido en más de cuatro: que tengo particular gracia para ello, como el rey de Francia para los lamparones; sino que como es mañana luna llena y todos los enfermos hacen notable mudanza a mejoría o peoría en estos días y en las conjunciones. —Tiene mucha razón, respondió; que cuando quiere morir la luna siempre está más achacosa. —Pues mande Vmd. que no cene esta noche, si no fuere de media noche en adelante una almendra o carne de durazno con poca agua de la cocida, y si después le viniere sudor, guárdelo por espacio de una hora.

Luego al otro día, habiéndosele despedido la calentura al amanecer con poco sudor, mandé que se le hiciese la pócima aperetiva, que atrás queda recetada, con mucha diligencia; y comenzándola de tomar por el orden que allí está dicho, y usando todo lo pusible de la tenuante dieta, a cabo de ocho días que le turó la pócima, le ordené que tomase dos píldoras de hiera simple de Galeno, hechas de una drama, a las siete de la mañana, porque ya la calentura no le duraba más que hasta media noche y había menorádose más de la mitad; por cuanto las opilaciones y durezas que están en la región del vientre, como éstas estaban, no quieren ser purgadas con purga recia, que traiga de las demás partes del cuerpo, sino que quite y no ponga, y también porque los humores gruesos y empedernidos, cuales son los que hacen las opilaciones, no quieren ni deben ser purgados de golpe ni de una o dos veces, sino que como se van poco a poco ablandando y preparando, ansí los vayan también poco a poco purgando y echando

fuera, porque todo lo demás es enflaquecer el enfermo y no quitalle la enfermedad; y esto lo hacen estas píldoras admirablemente y a poca costa de la virtud o fuerzas, y aun de la bolsa; y el buen médico siempre tiene de buscar y escoger los mejores remedios y más baratos, que todo lo demás es curar al boticario y no al enfermo.

Tomó estas píldoras cinco días arreo, y con ellas iba haciendo tres y cuatro cámaras, y hubo día entre ellos que hizo ocho. Quitósele la calentura del todo, y la itericia mejoró notablemente. Estuvo dos o tres días sin tomarlas, y al cabo dellos se le volvieron a dar otras tantas, porque cuando la medecina o remedio hace notable e evidente provecho no hay para qué mudalla, sino andar con ella; y en este tiempo levantaban las opilaciones de bazo y venas mesaraicas con ungüento desopilativo de zumo y con aceite de alcaparras, partes iguales, y la del hígado con una onza de ungüento desopilativo y media del sandalino, todo mezclado, poniendo encima hojas de col, también untadas.

Hicieron estas píldoras mucha obra esta segunda vez los dos días primeros, por estar ya, como estaba, el humor blando y preparado, y suspendiéronse por otros dos días por no enflaquecer demasiado la virtud, que en estas largas enfermedades quiere y debe ser más mirada y guardada porque no desfallezca el enfermo antes que la enfermedad se acabe; y pasados los dos días, las volvió a tomar otras dos, con que evacuó todo lo necesario, y la tericia fué en grande mejoría.

No dejaba en todo este tiempo de untarse como de antes, porque las opilaciones tardan mucho en desbaratarse, y también porque el rostro, aunque había mejorado, estaba más amarillo de lo que entre las damas se usa, que es lo que ella más sentía; y para ello y para desterrar de todo punto la tericia, le ordenamos una secreta y maravillosa bebida que Benedito Victorio Faventino escribe y vende por tal, en la cual tengo hallada tanta verdad y cierta esperiencia como en todas las

demás que este autor encomienda y por grandes secretos vende; y es la bebida esta que se sigue.

Tómense de marrubios, dos onzas; de lúpulos, una onza; de raíces de borrajas, de raíces de enula, de raíces de eupatorio, de cada cual media onza; de ruibarbo mal molido, una drama; de ligno aloes, drama y media. Hierva todo en tres cuartillos de vino blanco, delgado y oloroso hasta que mengüe el un cuartillo, y después se colará todo sin esprimillo; y deste vino ansí preparado tomarán dos onzas y media y echarán de azúcar blanco dos dramas; y frío, lo beberá cada mañana en ayunas; y esto, con condición que no haya calentura en ningún tiempo, porque habiéndola, se hará el susodicho cocimiento en agua de endibia en la misma cantidad, y en ninguna manera en vino, y se tomará por espacio de diez días continos.

A este tan poderoso bebedizo añidimos un sahumerio que hizo todo el tiempo que lo tomó, con vaho de pescado salado cocido, y tomando aquel vaho, al tiempo que cuece, en la cara, resuelve y gasta toda la cólera y mal color que en ella está embebida; y desta manera quedó sana del todo y con su color natural.

DISCURSO 20

Trata de un flujo de sangre por la urina y de un remedio fácil y cierto y aprobado con muchas esperiencias con que sana.

Moraba en mi tiempo en Sevilla en las casas del Mariscal un hidalgo que se decía fulano de Avila, que tenía una hija de hasta 18 años, que entonces era la mejor habilidad que en aquella cibdad había; porque demás de ser diestra en el canto de órgano, como discípula que era del famoso Guerrero, tocaba estremadamente la harpa, y con esto tenía una voz y garganta angélica. Fué Dios servido de dalle, a vueltas de tantas gracias, un flujo de sangre por la vía de la urina, tan terrible y espantoso que arrojó en menos de seis

horas 14 libras de sangre, y éstas, sin la que no se pudo coger ni pesar, que no fué poca.

Pues como yo tuviese con ella mucho comercio y conocimiento por vía de la música, acerté de ir allá aquel día por la tarde, que llevaba un amigo de mi tierra para que la oyese, como cosa rara y maravillosa, que tal era ella; y como la hallase tan fatigada y peligrosa, con el color perdido y desmayada, y el médico que la curaba, que era el Dotor León, catedrático de Medecina en aquella Universidad, que no estaba menos confuso que ella, porque la había sangrado de ambos brazos y dádole bebedizos y garrotes en brazos y piernas, con muchos emplastos que le había puesto, y epítimas en hígado y riñones, que todo ello no le hacía reparar el flujo cosa alguna, fuíme luego a socorrer de mi secretario, quiero decir, de Benedito Vitorio Faventino, por no haber visto otro caso como aquél; y hallando un secreto remedio fácil y esperimentado que prometía cierta salud, después de hechas las avacuaciones necesarias, volví a priesa y púselo luego por obra; y fué tan presto y eficaz en el efeto, que dentro en un cuarto de hora le estancó la sangre como si le ataran la vena; con que reparó la buena doncella la vida, que tenía ya cuasi perdida, no sin grande contento y admiración de su padre y del dotor que la curaba, que fué después del caso grande mi amigo, y me dió el Hospital del Amor de Dios que curase los días que allí estuve, y me acreditó aún más de lo que estaba; que al fin era hombre doto y no sabía decir mal de lo bueno, como agora hacen algunos de los que poco saben.

Después de aquel suceso tan espantoso, curé en esta cibdad de Cartagena Indiana, el primero día que llegué a ella, al padre fray Pedro Mártir, que al presente es obispo de Caracas, de otro flujo de sangre, también por la urina, que le puso mucho miedo de morir, aunque no fué tan grande como el pasado, ni con mucho. Viniéronme a llamar a media noche, y haciéndolo sangrar luego del hígado, porque hiciera más revulsión, le di el bebedizo que se estuvo haciendo en el entretanto, y an-

tes que me volviese a casa, quedó estanco y con advertencia de que, de cuando en cuando, metiese una candelilla, porque los cuajarones de sangre que quedaban en la vía no se secasen y detuviesen la orina, que suele ser cosa muy peligrosa, y mortal a veces, como lo fué en un hermano del Fiscal de Quito, que en Nombre de Dios murió dello. El reverendo padre quedó muy contento y me dió una buena esmeralda, de muchas que había bajado del Reino, y yo en llegando a casa dije a doña Marta: —Buenas nuevas, señora, que la primera habemos dado en piedra y en fraile.

También estancó otro flujo de sangre este mismo remedio a la señora doña Isabel Marmolejo, mujer que fué de Pedro Coronado Maldonado, en esta cibdad de Cartagena, con una sangría que precedió tan solamente; y sin ella, a otras muchas personas, que sería largo quererlas nombrar todas, que bastan los dichos para que se entienda la bondad y certeza del medicamento, que es el que se sigue:

Tómense las cuantidades que quisieren de huesos de dátiles y de paño de grana de polvo fina, y quemados en una olla o cazuela, en seco, cada cosa por sí, se molerán y harán polvos sutilísimos, y destos polvos tomarán dos partes de los de los dátiles, que será una onza, y de los otros, media, y mezclándolos bien, darán desta mezcla al paciente drama y media o tres adarmes, que es lo mismo, en la mitad de medio cuartillo de agua de verdolagas o llantén, y se los pueden dar en ayunas o después de haber comido, según la necesidad lo demandare, y si no bastare una vez, darle otro tanto dende a seis horas, y otro y otro, si fuere menester; porque flujo, y más de sangre, no sufre dilaciones, que de una vez o de otra no dejará de hacer el efeto acostumbrado, por cuanto en los que yo he curado, con la primera lo ha hecho, y a lo más con la segunda; y no por ser fácil y barato este remedio se tenga en poco, que por el mismo caso debe ser más estimado, conforme a la opinión de Galeno y a la de los que más saben.

Bien creo que concibirá el letor que no fuere muy

visto y leído, sospecha de haber salido de esta enferma de que principalmente este Discurso trata tanta sangre como dicho habemos, y para que no quede con esa duda, es de saber que cualquiera humano cuerpo, según la verdad y común opinión, tiene 25 libras de sangre, y siendo esto ansí, con las que le quedan, aunque le salgan 20 y más, se puede sustentar en cuanto se reforma, que es fácil cosa de hacer con un poco de buen vino o con un caldo de ave; y desta manera escapó una hija del Duque de Ferrara, doncella de 17 años, a quien salieron, según afirma Antonio Musa, su médico, y famoso de nuestros tiempos, de otro flujo de sangre por la boca de la madre, 22 libras, pesadas por su mano, sin la que en paños y en el suelo cayó, que, según dice, no fué poca, y no murió.

Muchos otros sucesos tuve buenos en Sevilla, que por no acordarme de los nombres de las personas dejo de escrebir, y también por dar fin a este primero libro, adonde propuse decir las más insignes y maravillosas curas que Dios por mi mano obró antes de pasar en Indias. Y agora, en este segundo que se sigue, escrebiré breve y provechosamente algo de lo mucho que en ellas me sucedió, para que sea Dios nuestro Señor por ello alabado, y los prójimos saquen notable provecho y remedio para sus enfermedades.

FIN DEL PRIMERO LIBRO.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

(*Continuará.*)